

de azul y rojo dibujaba su lindo talle no malogrado por ningun artificio extraño, y se ajustaba á la espalda y á la cintura, cuya esbeltez podia adivinarse fácilmente. Descansaba en las caderas un ancho cinturón cuyos cabos iban á reunirse por delante y por medio de dos redondas chapas de plata delicadamente trabajadas. Un pañuelo negro con dibujos encarnados puesto á manera de turbante encima de bellísimos cabellos trenzados; un collar de piezas de oro, un pañuelo de seda á modo de corbata, y un ligero duliman de seda amarilla y bordado de negro, componían ese pintoresco vestido completado por las babuchas amarillas usadas en el país.

Esa dulce figura, muellemente inclinada á causa de su púdico embarazo, y apoyada en los dos niños, formaba un asunto de cuadro demasiado completo, para que Raffet quisiera perderlo: y en esta ocasión no se desmintió el complaciente carácter del buen rabino, que procuró á nuestro artista todos los medios de hacer su encantador boceto. Mientras tanto, nosotros visitábamos dos sinagogas, edificios sencillos que nada tienen notable, á no ser dos ejemplares del Antiguo Testamento, preciosos manuscritos en vitela, enrollados en magníficos estuches de terciopelo, cuajados de esculturas y de plata.

Los karaims siguen á la letra la sagrada Escritura; repudian el Talmud y los comentarios de los rabinos, de donde les viene su nombre, cuya raíz es *Kara* escritura. Esa base fundamental de su creencia, no es la única cosa en que se distinguen de los rabinos puros, pues algunas desemejanzas en la liturgia, en la manera de practicar la circuncisión, en el régimen alimenticio, y finalmente, en el grado de parentesco que permite ó impide el matrimonio, trazan una profunda línea de demarcación entre esas dos sectas enemigas. Si es necesario indicar otra distinción muy notable entre las dos opuestas fracciones de la raza judía, diremos que los karaims gozan en los países en que están derramados una sólida fama de probidad, afeada por muy pocos lunares. Estas favorables noticias nos las confirmó, de un modo positivo, un compañero de viaje, antiguo magistrado en el tribunal de Odesa, cuyo cargo, por largo tiempo desempeñado, le ofreció ocasión de apreciar la natural moralidad de ese pueblo. La fisonomía de los karaims es, por lo general, agradable y franca, y el minucioso cuidado que tienen en los actos exteriores de limpieza, los distingue de sus disidentes los rabinos.

Atentos y oficiosos sin bajeza, pero al mismo tiempo comerciantes cumplidos, conservan el carác-

ter mercantil de su pueblo, pero bajo un exterior mas honrado. La secta vive muy diseminada, pues se les encuentra en Egipto, en Volhynia y en Lithuania. Si á los judíos de Tchiufut-Galeh se añaden las familias vecindadas en Odesa ó en los alrededores de Kherson y las colonias de Kozloff y de Teodosia, no viven en la Rusia meridional mas allá de dos mil de ellos.

Adelantándose desde Tchiufut-Galeh hácia el Sur y á poca distancia, se encuentra un valle naciente, que por grados se adelanta bajo el nivel de las mesetas. Este valle, decorado con el imponente nombre de Josaphat, es el cementerio de los Karaims, cuyos apretados sepulcros están puestos con mucha confusion, bajo un bosque de grandes encinas que cubren el suelo de una sombra religiosa. La muchedumbre de blancas sepulturas que se hallan en esa quebrada, no bajan de cuatro mil. Son los sepulcros una especie de sarcófagos, cuya cabeza se distingue por una alta piedra, y todos ellos están llenos de inscripciones hebraicas esculpidas en relieve, y en algunas hay fechas que se remontan á tres y cuatro siglos. Recorriamos con respeto ese silencioso bosque, en donde se camina por medio de tantas generaciones de Karaims, y reconocimos en su falta de aplomo los sepulcros antiguos. Pre-

guntamos la causa de ese desórden, y nos explicaron que algunas veces los terremotos trastornan las apacibles sombras del valle de Josaphat, como para que se cumplan las palabras del profeta: *Conquassabit capita in terrá multorum*. Esa desigualdad y desórden producen un estraño caos. Siguiendo aquellas tortuosas sendas observamos de repente un anciano oculto entre la maleza, que esculpía en una reciente piedra los caracteres de una inscripcion hebraica. El traje del escultor con barba blanca era sumamente grotesco: llevaba un enorme gorro azul, que defendía sus ojos contra el polvo y el sol, un par de anteojos grandes y redondos atados detras de la cabeza con un cordon: un pequeño paraguas daba sombra á su diminuta persona, encogida y acurrucada entre las yerbas al mismo pié de la sepultura en que estaba ejerciendo su arte. Interrogamos á ese artista de la muerte, cuyas obras le rodeaban. "Hace 40 años, dijo, que no se ha levantado aquí ningun sepulcro sin que yo haya esculpido su epitafio. Todas las personas á quienes he hecho este honor, eran parientes ó amigos míos; así es, que no solo trabajo por la gloria de mi arte, pues en el ejercicio de la profesion que me alimenta, hace mas de cuarenta años, no solo hay una ejecucion maquinal, sino tambien un recuerdo.

La mayor parte de los que aquí duermen los he conocido y amado antes de continuarlos en este gran libro de piedra de Josaphat, cuyos caracteres he trazado yo solo. Yo mismo me voy acercando al lugar que me he reservado allá abajo, á la sombra de esos árboles, y no sé qué mano, inesperta tal vez, se encargará de devolverme lo que tantas veces he hecho para los otros." Durante la conversacion, ó por mejor decir, el filosófico monólogo del viejo escultor, que nos interpretaban por fragmentos, Raffet trazaba en su album las facciones de ese respetable decano de los compositores de oraciones fúnebres. Viólo el anciano y se prestó con mucho gusto á satisfacer los deseos de su cofrade, segun apellidó á nuestro pintor, y cuando estuvo hecho el dibujo, él mismo escribió al pié su nombre y sus circunstancias.

Aun dedicamos una noche á la contemplacion del palacio y del modesto cementerio; y el dia 19 salimos de la capital tábara dejando á Huot y á Raffet que se separaban con pesar de esa tierra para ellos predilecta. El resto de la expedicion, acomodada en cuatro telegos, tomó el camino de Sebastopol, en el Mar Negro, que tiene fama de ser uno de los mas hermosos puertos del mundo. Dejamos esa ciudad singular, en la cual se nos pasaron cor-

riendo tres dias en medio de agitaciones incesantes, y de activas adquisiciones de todo género, y dando el último adios al elegante Palacio de los jardines, y á la grande calle llena de mercaderes, echamos á galope para atravesar la desnuda llanura que nos separaba de Belbek, único parador que habia hasta nuestro destino.

Baghtchek-Sarai contiene, segun dicen, 14.000 habitantes, cuya mayoría forman los tábaros, puesto que entre rusos y extranjeros no hay mas allá de 2.250 personas. Se asegura, aunque á nosotros nos parece exagerado, que la ciudad cuenta 3.000 casas. Hay en ella una iglesia griega y dos sinagogas, y se enorgullece de sus treinta y dos mezquitas. Los viajeros son recibidos en diez khans ó *caravanseraí* (paradores públicos) en donde la frugalidad del régimen y la sencillez de las estancias, no llaman por lo comun sino á los arrieros y á los mercaderes del pais. Dos hermosas estufas, en donde se administran baños turcos, no son uno de los menores atractivos de esa mansion de sorpresas cada vez mas notables.

Ya hemos dicho cuál era la industria de los habitantes, que esportan todas sus obras manufacturadas y se ven precisados á importar todas las cosas necesarias á la vida. Esceptuando el cultivo de las

huertas, los tátaros no se dedican á los trabajos del campo; mas la abundante fruta de que hacen en verano un consumo inmenso, basta casi para su alimento. Los granos que llegan á Bagthcheh-Sarai, son convertidos en harina en dos molinos que mueve el Djuruk-Su. Ya hemos hablado tambien de las fuentes públicas que son en crecidísimo número; y la conservacion de los canales que conducen las aguas á la ciudad, y su ingeniosa estructura, son una prueba más del religioso culto que los musulmanes rinden al agua, de que gustan verse rodeados por todas partes.

Solo nos falta decir algo de la educacion pública. Hay muchas escuelas para los niños, y para la enseñanza de las ciencias cuenta la ciudad con tres *médressés*. En estos establecimientos son admitidos todos los tátaros que se destinan á la carrera de empleados, ó al servicio de las mezquitas. Los *efendis* enseñan los dogmas de la religion á los alumnos, quienes ademas, aprenden historia, cálculo y hasta astrología, segun nos aseguró M. Montandon, y en esos *médressés* hay trescientos escolares que tienen en ellos su vivienda. Esos establecimientos de enseñanza han sido fundados en varias épocas por los khans, y tuvieron á mucha gloria hacerlo, pues los soberanos Ahmet-Agá, y Mengli-Gherai,

fundadores de dos de los mayores *médressés*, han querido que sus restos mortales descansasen en ellos en sepulcros construidos por su mandato.

Atravesamos con toda la rapidez de los ligeros telegos la blanca y seca llanura que nos conducia hácia Belbek, y nuestra carrera no fué interrumpida sino por algunos instantes de caza á una lindísima especie de halcones, tan abundantes allí, como raros en todas partes, y de los cuales pudimos matar algunos. Pasado Belbek, pueblo medio ruso y medio távaro, bajamos el angosto valle que sigue el curso del riachuelo de este nombre. Ese lindo sitio es una serie no interrumpida de huertos y jardines, cuya frescura y fertilidad traen á la memoria el mas esmerado cultivo de los países occidentales. Pronto dejamos á la espalda esa agradable comarca, y nos remontamos hácia la meseta del páramo, en donde se nos presentó el mar á corta distancia. Entonces habiamos llegado á la costa del Oeste de la Crimea. En este punto tomamos un camino que lleva directamente hácia la ensenada de Sebastopol, cuyos imponentes mástiles alcanzaban nuestros ojos.

Era tal la espantosa celeridad de nuestra carrera, que habiendo perdido una rueda uno de los telegos, fué arrastrado surcando el polvo largo espa-

cio antes que fuese posible detener los caballos. El postillon, que en este accidente solo deploraba lo que habia de andar para recoger la rueda abandonada, arregló el carruaje sin permitir que los viajeros se movieran, metió tranquilamente una astilla de madera en lugar de la caída chaveta, y echó á correr á todo escape para recobrar el tiempo perdido. Llegamos sin otro trastorno á los bordos de la bahía, en donde mientras se preparaba el batel que debia llevarnos á la ciudad, no pudimos menos de admirar el majestuoso espectáculo de diez navíos y otros quince buques de guerra, formando una sola línea en una de las mas hermosas conchas que pueden verse. Embarcados en una pequeña ensenada llena de barcos de cabotaje, atravesamos el puerto pasando por debajo de la popa del Varsovia, navío de tres puentes y de ciento veinte cañones; y al cabo de un cuarto de hora llegamos al muelle de Sebastopol, en donde se removia una muchedumbre turbulenta, reunida allí por el reciente arribo de un cargamento de sandías, que los mercaderes, al por menor, se disputaban á gritos.

La ciudad de Sebastopol cubre todo un muelle situado entre dos bahías: en sus calles anchas, pero infestadas de un polvo cruel, hay todavía pocos edificios importantes, y las casas son pequeñas, ba-

jas y muy separadas entre sí. Despues de perder inútilmente mas de una hora buscando una posada que no existe, nos dieron por fin noticia de un confitero italiano que puso á nuestra disposicion dos cuartos vacíos, cuyos vidrios habia hecho pedazos el viento.

Teniamos casa y nos faltaban muebles; mas el honrado Cabalzar, nuestro huésped, se encargó de remediar al momento la necesidad; y en efecto, al cabo de una hora nos trajeron, por un precio equitativo, sobre unos veinte manojos de heno, que nos recordaron las pajazas de los estudiantes de la edad média. Enviamos un suspiro hasta el palacio de Baghtcheh-Sarai, á esas hermosísimas esterillas que convidaban al sueño, y por medio de un reposo que mucho habiamos menester, nos preparamos para espectáculos nuevos.